**FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ENCINA**

**Ponferrada 2016**

Hemos peregrinado esta mañana hasta la Basílica de Nuestra Señora de la Encina siguiendo la tradición de nuestros mayores desde tiempo inmemorial. Venimos con fe y devoción a postrarnos ante la imagen de la Virgen, nuestra madre e intercesora, para dar gracias a Dios nuestro Padre por todos los dones y bienes materiales y espirituales que recibimos de su bondad y misericordia. El Señor, por intercesión de la Virgen, nos dará hoy luz para iluminar las oscuridades de nuestra vida y renovará en nosotros la gracia de modo que andemos como hijos de la luz buscando siempre agradar a Dios en todo para que por nuestro testimonio de fe y de amor resplandezca en este mundo la bondad, la justicia y la verdad. (Ef. 5,8-10)

El evangelio que acabamos de escuchar nos revela loa complicidad de María con su hijo Jesús para facilitar las cosas a los hombres y ayudarles a resolver los problemas. Invitados madre e hijo a una boda, la madre observa que se ha terminado el vino. María, una invitada más, no se desentiende del problema que tienen tanto los novios como los sirvientes sino que se preocupa por la situación enojosa que están viviendo. Y le dice a Jesús: “no tienen vino”. Ella espera que Él actúe y haga algo para solucionar el asunto. Pero Jesús le contesta con desdén: “A ti y a mí qué nos va, mujer” A pesar de esta respuesta, ella confía en la bondad y mansedumbre del Corazón de Cristo y manda prepararlo todo e indica a los sirvientes que hagan lo que Jesús les diga. Al momento, el Señor convierte el agua preparada en las tinajas de piedra en vino abundante y bueno para que continúe la fiesta de la boda.

En este relato evangélico María se nos presenta como la que abre la puerta por la que entrará el aire nuevo que renovará el ambiente cargado por el olor pestilente del pecado de Adán. Efectivamente, Jesús abre, por indicación de su madre, el tiempo nuevo, el tiempo mesiánico anunciado en el profeta Isaías en el que Dios creará un cielo nuevo y una tierra nueva e invitará a toda la humanidad a alegrarse. En este nuevo mundo ya no se oirán ni en Jerusalén ni en ninguna parte del mundo llantos y gemidos de dolor sino cantos de alegría y júbilo (Is. 65, 17-19). Este nuevo tiempo inaugurado por Jesús en Caná de Galilea culminará en su Muerte y resurrección y será el tiempo de la paz, de la justicia, de la alegría y de la abundancia; el tiempo de la nueva vida para todo hombre o mujer que quiera recibirla por la fe.

María, al comunicarle a Jesús que los novios no tienen vino, se convirtió en portavoz de los problemas de la humanidad ante Dios. La Virgen María sigue presentando a Jesús la situación de tantas personas que acuden a ella porque han perdido la paz del espíritu o la salud del cuerpo. Desde su trono del cielo, al lado de su Hijo, intercede por todos los hombres, pues ella, nos recuerda el Concilio Vaticano II, “Asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada” (Lumen Gentium 62).

San Bernardo experimentó esta constante intercesión de la Virgen María y compuso aquella hermosa oración que recitamos los cristianos ante la imagen de la Virgen desde hace más de ochocientos años:

*Acordaos, Oh piadosísima*

*Virgen María, que jamás se ha*

*oído decir que ninguno de los*

*que han acudido a Ti,*

*implorado tu asistencia*

*y reclamado tu socorro,*

*haya sido abandonado de Ti.*

*Animado con esta confianza,*

*a Ti también acudo,*

*Oh Virgen Madre de las vírgenes.*

Estamos seguros que hoy también seremos escuchados por nuestra Madre la Virgen María, patrona del Bierzo. A ella le rogamos especialmente esta comarca berciana. Una comarca que tiene una fuerte identidad histórica, religiosa, cultural y social. Una comarca que en otro tiempo ha sido motor económico y fuente de bienestar para muchas familias que se asentaron en este lugar donde encontraron trabajo abundante. Hoy, contemplamos con dolor su declive económico por el cierre de las minas y el desplazamiento de las industrias de modo que las personas, sobre todo jóvenes, se ven obligadas a marchar porque aquí no encuentran modo de vida. Una comarca que envejece y se despuebla a pasos agigantados porque no nacen niños ni tampoco se establece aquí otras persona por la falta de puestos de trabajo. Una comarca, en fin, que se encuentra en una verdadera encrucijada social, política y económica con un panorama muy incierto de cara al futuro.

A pesar de todo, esta comarca berciana conserva aún mucha riqueza en el suelo y en el subsuelo. Las personas que aquí vivís seréis siempre el mejor tesoro y lo primero que se debe proteger y cuidar. Pero también son una fuente de riqueza muy grande los productos que esta tierra fruto de la fertilidad del suelo. Y seguirá estando ahí como una riqueza potencial los yacimientos de carbón que hay en el subsuelo esperando mejores tiempos y mejores decisiones políticas.

Ante esta situación de encrucijada que estamos viviendo aquí en el Bierzo y en otras partes de nuestra diócesis de Astorga, la Iglesia quiere estar al lado de los que padecen las consecuencias de esta crisis, no como protagonista porque no es su misión, sino como humilde servidora y colaboradora de todas aquellas iniciativas sociales o empresariales encaminadas a buscar soluciones justas y dignas para el hombre. En este sentido la Iglesia ofrece en primer lugar su fe y confianza en dios que nunca abandona a sus hijos y por eso intercede con su oración constantemente para que todos los hombres tengan el pan de cada día. Pero también ofrece como luz para solucionar los problemas, los principios básico de la doctrina social de la Iglesia que son expresión de la verdad íntegra sobre el hombre conocida a través de la razón y de la fe, y que brotan “del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias con los problemas que surgen en la vida de la sociedad”.

El primer principio es el respeto a la dignidad de la persona humana en el que cualquier otro principio y contenido de la doctrina social encuentra fundamento; el de la Búsqueda del bien común; el de la subsidiaridad; el de la participación en la vida social y económica; el del destino universal de los bienes; el de la solidaridad y el del fomento de los valores fundamentales de la verdad, la libertad y la justicia que nacen de la práctica de la caridad. Estoy seguro que si tenemos en cuenta esos principios la sociedad y la economía cambian de rumbo porque no será el lucro el móvil de las decisiones sino el bien y la dignidad de la persona.

Quiero hacer un llamamiento especial a los fieles cristianos laicos para que se comprometan y aporten a la sociedad, como cristianos que son, los valores del evangelio y traten de aplicar en sus decisiones los principios de la Doctrina Social de la Iglesia. De este modo podrán contribuirá a dignificar la vida de las personas e impulsar el progreso social de los pueblos. Os aseguro que en vuestra misión como seglares encontraréis el apoyo de vuestra madre la Iglesia en las comunidades parroquiales, en los sacerdotes y consagrados. Y tened presiente que no os faltará nunca la gracia de Dios que obtendréis por intercesión de la Virgen María, Nuestra Señora de la Encina. Os animo, pues, a ofrecer lo mejor de vuestra fe cristiana para ser luz y alumbrar al mundo de modo que se disipen las dudas y miedos que puede provocar en nosotros un futuro incierto.

Este hermoso día de fiesta de Nuestra Señora de la Encina queremos que sea fiesta para todos los bercianos. Que a nadie le falte el vino de la alegría y el par de la vida que es Nuestro Señor Jesucristo realmente presente en la Eucaristía. Que la Virgen nuestra madre nos lleve a Cristo para que convierta nuestro corazón de piedra en corazón de carne.

+ Juan Antonio, Obispo de Astorga